



Sentido

INTERNACIONAL



A desde su primera infancia, debemos acostumbrar al niño a considerar que el mundo es múltiple. El escuchará con gusto la narración de leyendas e historias de los distintos pueblos; descubrirá con interés la diversidad de costumbres, vestidos, alimentos y modos de vida.

Por otra parte, las circunstancias le conducirán, quizá, a conocer en su familia, en el barrio, en el colegio o durante las vacaciones a niños y adultos de raza o nacionalidad distinta a la suya. Las actitudes que le sean dictadas en este momento (bien sea por el comportamiento de sus padres, de sus educadores o de otros niños, bien por sus propios impulsos) serán extraordinariamente importantes, pues condicionarán sus reacciones en la edad adulta. Por este motivo, las personas responsables, en todos los niveles (padres, educadores, dibujantes, editores, etc.), deben prestar atención a los estereotipos que «lanzan» y popularizan el cine, la televisión, las revistas y, en general, las producciones de mejor o peor calidad que se destinan a los niños, que, muy frecuentemente, contienen las peores contraindicaciones para la comprensión internacional.

Pero se puede decir que el niño, antes de los 14 ó 15 años, se interesa más por el ambiente que le rodea, en el que tiene tantas cosas que descubrir, y por el universo ficticio que él mismo se crea (lo que constituye para él una verdadera evasión) que por las realidades internacionales. Por el contrario, desde el principio de la adolescencia, chicos y chicas tratan de echar una mirada sobre el mundo exterior. Muchas de las características psicológicas de esta edad son eminentemente favorables al descubrimiento de lo «extranjero».

El adolescente suele sentirse atraído por lo exótico. La oposición que él manifiesta a sus padres, a los adultos en general, favorece su interés súbito, incluso un verdadero apasionamiento por otro país o sus representantes. Este entusiasmo puede ser de corta duración, pero podemos utilizarlo como resorte pedagógico.

Debemos fomentar en los niños el trato con jóvenes de todos los ambientes: obreros, labradores, gentes de todas las nacionalidades, de todas las razas. Esto nos parece esencial, indispensable. El franquear las fronteras del pequeño mundo en que vivimos es tan importante como los estudios —en cierto sentido— para alcanzar una auténtica madurez. No hay nada más

eficaz para abrir los ojos del espíritu, para ampliar nuestros conocimientos. Cuando se conoce a los demás se les comprende mejor; y el niño aprenderá a juzgar con objetividad, sin prejuicios de ninguna clase.

Todas estas predisposiciones psicológicas se ven favorecidas por la evolución del mundo contemporáneo y por los medios de difusión a nuestro alcance: prensa, radio, cine y televisión. Entre la oleada de informaciones difundidas permanentemente por las comunicaciones audio-visuales son numerosas las que tienen por tema a las diversas naciones del mundo, ya se trate de noticias políticas, de documentales o de películas de ficción. Esta masa de información crea una mentalidad que puede ser extraordinariamente favorable para fomentar en el niño la comprensión internacional.

En efecto, las informaciones relativas a las diferentes naciones y a la vida internacional son difundidas a través de noticias de toda clase: deportes, hechos diversos, documentales, etc. Pero lo que se pone de relieve ante el auditor o espectador no es, precisamente, lo que tiene mayor importancia. El único efecto de este estado de cosas es que el niño acaba por admitir —incluso en el plan inconsciente— que la vida internacional forma parte integrante de las dimensiones de su vida cotidiana. Pero esta adquisición es de orden elemental.

Sería de desear que los educadores extra-escolares puedan ayudar al adolescente a distinguir y a valorar, de entre la oleada de información que reciben, lo que puede enriquecer su conocimiento de la vida internacional. También sería conveniente que los educadores completen unas informaciones cuyo carácter fragmentario deja en el espíritu unas preguntas sin respuesta o, incluso, impresiones erróneas o tendenciosas.

Digamos, por último, que el deporte es otro importante estímulo para despertar en los niños y adolescentes el sentido social e internacional. Facilitan la ocasión para interesarse por los distintos países, por su concepto de la vida deportiva, por los deportes que prac-



tican, etc. Los juegos olímpicos proyectan la actualidad sobre una nación determinada y son ocasión de viaje o, por lo menos, de descripción de viaje.

Por otra parte, los encuentros deportivos entre jóvenes de naciones vecinas se multiplican. Ello puede ser un motivo para «descubrir» el país visitado.

Sin duda hay muchos centros de interés a partir de los cuales se puede fomentar la apertura hacia

otros países. Esta diversidad muestra qué relativamente fácil es interesar a la gran masa de adolescentes y de hacerles tomar conciencia, a partir de cuestiones a las cuales son sensibles, de la extensión y diversidad de nuestro mundo, en cuya sociedad deben integrarse.